



LECTIO DIVINA PARA LAS COMUNIDADES

«¿Qué buscáis? Venid y veréis»

Juan 1, 35-39

Volver a la fuente de nuestra llamada para renovar la alegría de seguir a Cristo en comunidad

1. Introducción

Nuestra vida religiosa nace de una llamada de Dios y se renueva cuando volvemos a encontrarnos con Él. Sin embargo, el paso del tiempo, las diversas responsabilidades, el ritmo de nuestras comunidades y las preocupaciones cotidianas pueden hacer que, poco a poco, perdamos de vista la belleza y la novedad de aquella primera llamada.

Por eso, es importante detenerse ante la Palabra de Dios como oportunidad para volver al centro y corazón de nuestra vocación. Además de recordar cuándo y cómo comenzamos nuestro camino, se trata de preguntarnos cómo nos sigue llamando hoy el Señor, qué está despertando en nosotros y hacia dónde quiere conducirnos.

El evangelio de Juan nos presenta a dos discípulos que comienzan a seguir a Jesús. Él se vuelve hacia ellos y les hace una pregunta que toca de lleno toda existencia vocacional: «¿Qué buscáis?». Nos damos cuenta de que no les ofrece inmediatamente explicaciones ni les propone un proyecto detallado. Los invita a acercarse, a compartir su vida y a descubrir por sí mismos quién es Él: «Venid y veréis».

También san Agustín tuvo esa inquietud, buscando la verdad y el amor. Su experiencia nos recuerda que la vocación no consiste únicamente en encontrar nosotros a Dios, sino en dejarnos encontrar por Él, reconocer su presencia en lo más profundo de nuestro corazón y responder con toda nuestra vida.

Para nosotros esta llamada tiene además una dimensión comunitaria inseparable. No seguimos a Cristo aisladamente: estamos llamados a buscar juntos a Dios, a vivir con un solo corazón y una sola alma orientados hacia Él, y a poner al servicio de la Iglesia y del mundo los dones que hemos recibido. Recordamos esta Semana Agustiniana que Dios nos sueña agustinos.

En esta lectio divina queremos escuchar de nuevo la pregunta de Jesús, reconocer qué buscamos hoy, revisar cómo vivimos nuestra consagración y abrirnos a la llamada que el Señor continúa dirigiendo a cada hermano y a toda la comunidad.

Dispongámonos, pues, a escuchar al Señor y dejemos que Él nos pregunte de nuevo: «¿Qué buscáis?».



2. Texto completo de la Sagrada Escritura

Evangelio según san Juan 1, 35-39

Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice:

–Este es el Cordero de Dios.

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús.

Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta:

–¿Qué buscáis?

Ellos le contestaron:

–Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?

Él les dijo:

–Venid y veréis.

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima.

(Pausa de silencio. Se puede proclamar nuevamente el texto, despacio, dejando unos instantes de silencio al terminar. Cada hermano escucha la Palabra como dirigida personalmente a él y, al mismo tiempo, a toda la comunidad)

3. Preparación previa

Invocación

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Guardamos un momento de silencio. Dejamos a un lado las preocupaciones, las tareas pendientes y las distracciones. Nos hacemos conscientes de que el Señor está presente en medio de nosotros y desea hablarnos.

No estamos aquí solamente para reflexionar sobre nuestra vocación, sino para escuchar a Aquel que nos ha llamado y que sigue caminando con nosotros.

Oración inicial

Ven, Espíritu Santo, abre nuestro corazón a la Palabra de Dios.

Enséñanos a escuchar la voz de Jesús, a reconocer nuestras búsquedas más profundas y a descubrir su presencia en nuestra historia personal y comunitaria.

Renueva en nosotros la alegría de la llamada recibida. Purifica nuestras motivaciones, fortalece nuestra entrega y haz que nunca dejemos de buscar juntos el rostro de Dios.



Que, siguiendo el ejemplo de san Agustín, fiel seguidor de Jesús, aprendamos a entrar en nuestro interior para encontrarte allí, a amarte en nuestros hermanos y a responder con generosidad a tu voluntad.

Que tu Palabra ilumine nuestra vida consagrada, renueve nuestra fraternidad y nos haga disponibles para la misión que la Iglesia nos confía.

Amén.

4. Los seis pasos de la lectio divina

1. Lectura – Lectio

¿Qué dice el texto?

Volvemos a leer el evangelio con calma. Nos fijamos en los personajes, sus gestos, sus palabras y el movimiento que se produce en la escena: Juan señala a Jesús, los discípulos lo siguen, Jesús se vuelve, les pregunta, los invita y ellos permanecen con Él.

No buscamos todavía aplicar el texto a nuestra vida. Dejamos que la Palabra hable por sí misma.

Palabras en las que podemos detenernos:

- «Este es el Cordero de Dios».
- «Siguieron a Jesús».
- «¿Qué buscáis?».
- «¿Dónde vives?».
- «Venid y veréis».
- «Se quedaron con él».

Guardamos silencio y elegimos una palabra o expresión que nos haya llamado especialmente la atención.

2. Meditación – Meditatio

¿Qué me dice Dios a mí y a nuestra comunidad?

La pregunta de Jesús no se dirige únicamente a quienes comienzan a seguirlo. También hoy se vuelve hacia nosotros, que llevamos años viviendo como religiosos agustinos. Nuestra vocación no es solamente una decisión del pasado: es una llamada que necesita ser acogida y renovada cada día.

San Agustín nos recuerda que el corazón humano permanece inquieto mientras no descansa en Dios. La vida consagrada pierde vitalidad cuando deja de buscar, cuando la costumbre sustituye al amor o cuando las tareas ocupan el lugar del encuentro personal con el Señor.

Jesús no pregunta a los discípulos qué hacen, qué saben o qué pueden ofrecerle. Les pregunta qué buscan. Antes de la misión, está el encuentro; antes de hacer cosas por Cristo, está la invitación a permanecer con Él.



Los discípulos no se quedan solos. Comienzan juntos el camino. Esta experiencia ilumina nuestra propia vocación: buscamos a Dios en fraternidad y aprendemos a reconocerlo en la vida, las necesidades y los dones de nuestros hermanos.

Preguntas para la oración personal:

1. «¿Qué buscáis?» ¿Qué busco hoy en mi vida? ¿Qué deseo profundamente? ¿Qué motivaciones sostienen todavía mi entrega y cuáles necesitan ser purificadas?
2. «Siguieron a Jesús». ¿Sigo realmente al Señor o me he instalado en una forma de vida conocida y cómoda? ¿Qué lugar ocupan la oración, la escucha de la Palabra y la Eucaristía en mi vida cotidiana?
3. «¿Dónde vives?» ¿Dónde encuentro actualmente a Cristo? ¿Lo reconozco en mi interior, en la oración, en mis hermanos y en las personas a las que sirvo?
4. «Venid y veréis». ¿Me dejo sorprender por el Señor o creo que ya conozco suficientemente el camino? ¿A qué novedad, conversión o disponibilidad me está invitando?
5. «Se quedaron con él». ¿Qué significa hoy permanecer con Jesús para mí? ¿Qué espacios reales protejo para estar con Él y qué cosas me alejan de ese encuentro?

Preguntas para compartir comunitariamente:

- ¿Qué rasgos de nuestra comunidad ayudan a que cada hermano encuentre a Cristo y renueve su vocación?
- ¿Qué actitudes, dinámicas o rutinas pueden estar debilitando nuestra vida de oración y fraternidad?
- ¿Cómo podemos ayudarnos mutuamente a vivir con mayor alegría y fidelidad nuestra vocación?
- ¿Qué testimonio ofrecemos a los jóvenes y a quienes se acercan a nosotros sobre la belleza de seguir a Jesús en comunidad? ¿Y sobre la posibilidad de seguirlo siendo agustino?

Se deja un tiempo suficiente para la oración personal. Después, quien lo desee puede compartir brevemente lo que la Palabra ha suscitado en su corazón, procurando escuchar sin juzgar ni apresurarse a responder.

3. Oración – Oratio

¿Qué le respondo al Señor?

Después de escuchar y meditar, llega el momento de hablar con Dios. Cada hermano puede expresarle su agradecimiento, pedir perdón, presentar una necesidad o renovar su disponibilidad.

Podemos dejar que nazcan espontáneamente las palabras o utilizar estas invocaciones, que pueden rezarse a dos coros.

Guía: Señor Jesús, tú que saliste al encuentro de los primeros discípulos y los invitaste a permanecer contigo, escucha nuestra oración.

Todos: Señor, renueva en nosotros la alegría de tu llamada.



- Cuando nuestra vocación se vuelve rutina y perdemos la ilusión del primer amor...

Todos: Señor, renueva en nosotros la alegría de tu llamada.

- Cuando buscamos nuestra propia comodidad antes que tu voluntad...

Todos: Señor, renueva en nosotros la alegría de tu llamada.

- Cuando nos cuesta acoger, comprender o perdonar a alguno de nuestros hermanos...

Todos: Señor, renueva en nosotros la alegría de tu llamada.

- Cuando nuestras comunidades necesitan esperanza, reconciliación y nuevos caminos de fraternidad...

Todos: Señor, renueva en nosotros la alegría de tu llamada.

- Cuando los jóvenes buscan sentido para sus vidas y necesitan testigos que les ayuden a escuchar tu voz...

Todos: Señor, renueva en nosotros la alegría de tu llamada.

- Cuando la Iglesia y el mundo nos piden una entrega más generosa y una disponibilidad mayor para la misión...

Todos: Señor, renueva en nosotros la alegría de tu llamada.

(Oración personal en silencio)

4. Contemplación – Contemplatio

Permanecer con Jesús, sin necesidad de muchas palabras

Los discípulos preguntaron a Jesús dónde vivía y Él los invitó a ir con Él. Después, el evangelio nos dice que se quedaron a su lado.

Ahora somos nosotros quienes recibimos esa invitación: «Venid y veréis».

Dejemos por un momento las preguntas, las reflexiones y los propósitos. No necesitamos producir nada ni encontrar respuestas inmediatas. Nos basta estar con el Señor, dejarnos mirar por Él y descansar en su presencia.

Podemos imaginar a Jesús que se vuelve hacia nosotros y nos mira con amor. Escuchamos en nuestro interior su pregunta: «¿Qué buscas?». Y permanecemos ante Él con nuestra historia, nuestras alegrías, nuestras heridas, nuestras esperanzas y nuestros años de vida consagrada.

Como san Agustín, entramos en nuestro interior para reconocer que Dios nos precede, nos sostiene y nos llama a una relación cada vez más profunda con Él.

Podemos guardar silencio durante unos minutos.

Quien lo desee puede repetir suavemente, en su interior, alguna de estas expresiones:



- «Señor, tú me has llamado».
- «Mi corazón está inquieto hasta que descanse en ti».
- «Aquí estoy, Señor».
- «Enséñame a permanecer contigo».

5. Acción – Actio

¿A qué me comprometo la Palabra?

El encuentro con Cristo no termina en el silencio. Quien ha escuchado su llamada está invitado a responder con la vida. La vocación se renueva en decisiones concretas, en la fidelidad cotidiana, en el cuidado de la fraternidad y en la disponibilidad para la misión.

Desde nuestra identidad agustiniana, la respuesta no consiste únicamente en hacer más cosas, sino en vivir de otra manera: con un corazón más libre, una fraternidad más auténtica y una mayor pasión por Dios y por la Iglesia.

Podemos plantearnos un compromiso personal. Cada hermano puede preguntarse:

- ¿Qué debo recuperar para que Jesús vuelva a ocupar el centro de mi vida?
- ¿Qué actitud necesito cambiar para vivir con mayor autenticidad mi consagración?
- ¿A qué hermano puedo acercarme para escucharle, agradecerle algo, pedirle perdón o fortalecer nuestra comunión?
- ¿Qué tiempo concreto voy a reservar para cuidar mi relación personal con el Señor?

Pero también podríamos realizar un compromiso comunitario que nos ayude a:

- Cuidar un espacio semanal de oración y diálogo fraterno.
- Favorecer momentos en los que cada hermano pueda expresar cómo vive su vocación.
- Revisar cómo nuestra vida común refleja el ideal agustiniano de un solo corazón y una sola alma orientados hacia Dios.
- Ser una comunidad acogedora, capaz de acompañar a los jóvenes que buscan su camino y de mostrarles, con nuestro testimonio, la alegría de seguir a Cristo.

Cada miembro de la comunidad define en silencio un compromiso personal. Después, si se considera oportuno, la comunidad elige un compromiso común, realista y verificable.



6. Oración final y cierre

Podemos terminar rezando juntos esta oración de acción de gracias y renovación vocacional.

Todos:

Señor Jesús,
te damos gracias porque un día saliste a nuestro encuentro
y nos invitaste a seguirte.

Gracias por nuestra vocación agustiniana,
por los hermanos con quienes compartimos la vida,
por la comunidad que nos sostiene
y por la misión que nos confías en tu Iglesia.

Perdona nuestras infidelidades,
las veces en que hemos perdido la alegría,
hemos buscado nuestros propios intereses
o hemos dejado de reconocer tu presencia en los hermanos.

Haz que nunca dejemos de buscarte,
que mantengamos vivo el deseo de conocerte
y que aprendamos a permanecer contigo
en la oración, en la fraternidad y en el servicio.

Como san Agustín,
danos un corazón inquieto por tu amor,
una inteligencia abierta a tu verdad
y una voluntad dispuesta a cumplir tu voluntad.

Que nuestras comunidades sean hogares de fraternidad,
lugares donde se te busque y se te encuentre,
y testimonios vivos de que merece la pena entregarte la vida.

Renueva nuestra vocación,
haznos fieles en la entrega cotidiana
y disponibles para las llamadas que hoy nos diriges.

Que, viviendo con un solo corazón y una sola alma orientados hacia ti,
seamos signo de esperanza para los jóvenes,
compañeros de camino para quienes te buscan
y servidores generosos de tu pueblo.

Porque tú nos llamaste primero
y queremos seguir caminando contigo.

Amén.

Rezamos un Padre nuestro...

Y terminamos: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.